

María Isabel Hernández G.

Recuperación de la memoria de un pueblo lacustre. Rescate etnográfico comunitario

La Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH realiza anualmente desde 1991 la Semana Cultural, una reunión académico-informativa que se propone entre otras cosas dar a conocer aportaciones importantes de proyectos de investigación que se realizan en esta dirección, así como discutir y analizar temas de interés dentro de la etnología y la antropología social. Reúne a especialistas del INAH y de otras instituciones de investigación y enseñanza superior.*

En la IV Semana Cultural, realizada del 17 al 24 de octubre de 1994, siendo el tema a tratar el del patrimonio cultural, se propuso a los organizadores el montaje de una exposición itinerante que mostrara la riqueza cultural de una zona antiguamente lacustre del Estado de México. Aprobada la sugerencia, participaron en la conformación de la colección y el montaje de ésta los investigadores de la DEAS, Manuel Ortiz (maestro, investigador y museógrafo) y María Isabel Hernández G. (maestra, investigadora, responsable del estudio etnográfico de la zona). Se denominó a la exposición "Recuperación de la memoria de un pueblo lacustre. Rescate etnográfico comunitario", y se mostró en esa IV Semana Cultural como un producto de investigación de la cultura tradicional lacustre del proyecto "Estudio etnográfico de la cuenca alta del río Lerma".

De esta forma esa colección nació en un ambiente académico de discusión acerca del patrimonio cultural

de México, su importancia y la necesidad de su rescate y difusión.

El porqué del nombre

El objetivo general fue representar a partir de fotomurales y de una colección de materiales culturales de la región, una reconstrucción de la última etapa del antiguo modo de vida lacustre, que existió en el alto Lerma y sus ciénagas en el Estado de México hasta principios de los años cincuenta.

Por necesidades de abastecimiento de agua potable a la ciudad de México, se captaron los manantiales que daban vida a las ciénagas del río Lerma, habiéndose inaugurado las obras de conducción y bombeo del agua en 1951 bajo el gobierno del presidente Miguel Alemán.

A partir de esa fecha, la zona entra en un proceso de cambio ecológico que termina con la desecación de las ciénagas y la pérdida de la riqueza de recursos tanto animales como vegetales propios de esta zona. Un modo de vida de los pueblos ribereños fue cortado, a causa de la falta de agua que daba vida a la región lacustre.

Romero Quiroz al hablar de ese hecho dice que es factible que el plan de abastecer de agua potable a la ciudad de México con base en los manantiales de Almoloya existía desde 1925, pues William Mackenzie había presentado un proyecto en ese sentido a partir de la captación de los manantiales de Almoloya del Río.

* A partir de 1997 la Semana Cultural se convirtió en seminario.

Sin embargo, esta propuesta tuvo un periodo de discusión y estudio y no es sino hasta que se emite un dictamen del ingeniero Fortunato Dozal, solicitado por el Departamento del Distrito Federal, que se aprueba el proyecto y la iniciación de las obras.

Romero Quiroz presenta datos que consigna en la memoria de la construcción de la obra:

la captación de las aguas de los manantiales, que afloran en los márgenes sur y oriente de la Laguna de Lerma y su conducción por gravedad a la cuenca llamada Valle de México aprovechando la circunstancia de que el Valle de Toluca donde se encuentra la laguna es de 273 metros más alto que el de México (Romero Quiroz, 1974: 154).

Otros datos de esta memoria “El acueducto para conducción de estas aguas hasta la ciudad de México tiene un desarrollo de 60.117 km con una pendiente general a cielo abierto de 0.12 metros por km y en el túnel es de 0.60 metros por km...” (*op. cit.*: 154).

El acueducto concluye en el Bosque de Chapultepec en la avenida Constituyentes en los alrededores de Dolores en donde el Departamento del Distrito Federal construyó un edificio. Ahí llegan las aguas antes de ser distribuidas. En este edificio Diego Rivera realizó un mural alusivo al agua, un Tláloc ataviado y decorado con serpientes entrelazadas de donde brota el agua. La diosa Chalchiuhtlicue representada en la parte posterior de la misma cabeza del Tláloc (Romero Quiroz, 1974: 154).

La antigua zona lacustre del río Lerma fue cambiando, pero han quedado descripciones de como era en los tiempos en que aún no se llevaban el agua a la ciudad de México. Miguel Salinas en 1929 al hablar del río Lerma dice:

El sitio de su nacimiento se halla a unos veinticinco kilómetros al sureste de Toluca en comarca muy poblada de fácil acceso y cercana a la capital de la República [...] sobre una loma de 2 580 m de altura está el pueblo de Almoloya del Río que es cabecera de municipalidad [...] observando atentamente aquel lugar se da uno cuenta de que bajo la capa rocallosa que sirve de base a la loma en que se asienta Almoloya corren presurosos abundantes raudales de agua fresca límpida y sabrosa que brotan por multitud de puntos y forman el hermoso lago. El perímetro de éste en el sitio donde emana el agua es también el perímetro de la base rocallosa. Tiene forma irregular ondulada allí se ve salir el líquido

en abundancia, un tramo importante de aquel contorno se llama Tecalco, allí fluye el agua copiosamente por veintisiete manantiales diversos, otro tramo llamado Texocoapa, cuenta con dieciocho surtidores, el tercero que lleva el nombre de Ixcauiapan abarca seis puntos brotantes en los sitios nombrados Pretunta, Ixcahuiapita, Tepozoco y los baños, los manantiales son de menor importancia (Salinas, 1929: 115 y 116).

Estos manantiales formaban la laguna de Almoloya; después el río Lerma seguía hacia el norte formando dos ciénagas. Este mismo autor las describe de la siguiente manera:

Esta región cenegosa que puede dividirse en tres partes se extiende de sur a norte desde el pueblo de Texcaliacac hasta el de Tarasquillo aproximadamente. La primera parte lleva el nombre de ciénaga de Almoloya, tiene según el ingeniero Alcalá 50 km² de superficie y comprende la zona que va desde Texcaliacac hasta la hacienda de Atenco, famosa por sus toros de lidia, la segunda abarca desde esta hacienda hasta San Mateo Atenco, y ocupa terrenos de los pueblos Capulhuac, San Pedro Tlaltizapan y Tultepec, su extensión superficial es de 25 km², la tercera de 10 km² comprende la ciudad de Lerma y ocupa tierras de las haciendas de doña Rosa y san Nicolás Peralta (Salinas, 1929: 116).

Según Romero Quiroz, los manantiales de Almoloya formaban una vasta zona lacustre que ocupaban gran parte del valle de Toluca, la primera la consideraban laguna y la identificaba como Laguna de Almoloya; los otros dos vasos acuíferos los identifica como ciénagas, la primera de Chicnahuapan y la segunda de Chimaleapan (Romero Quiroz, 1974: 20).

“El gran río alimentaba a la laguna y a las ciénagas que se extendían por más de 50 km de sur a norte cuyo ancho fluctuaba” (*op. cit.*: 20).

Rivera Cambas para fines del siglo pasado (1882) al hablar de Lerma se refiere al río llamado Matlazingo que “aumentado con otros veneros forman honda corriente en el lugar en que se halla el puente” (Rivera Cambas, 1972: 37). Lerma está situada entre lagunas que forma el río Matlazingo, “que nace de los ojos de agua que brotan en las inmediaciones siendo principal el que aparece por Almoloya, cerca de Santiago Tianguistengo, río que va creciendo a medida que se aleja de su origen y entra en la laguna de Chapala” (*op. cit.*: 37).

Al hablar de la ciénaga de Atenco (segundo vaso acuífero) dice que ahí es donde se coge el mejor pescado y al hablar de la ciénaga de Lerma dice:

La laguna toma su nombre del pueblo, es una de las mayores de la República alcanzando dos leguas por el oriente, cubierta en su mayor parte por el tule y el zacate que hacen de ella más bien una ciénaga, en algunos lugares aparece el agua muy clara y esos sitios son conocidos con el nombre de espejos, abunda en esa laguna el pescado blanco, con una cinta oscura en el lomo de tamaño mediano y de gusto sabroso, sin que su calidad llegue a la de los pescados de Pátzcuaro, Chapala y aun los de Texcoco y Chalco aquel pescado blanco es desabrido. La laguna se alimenta de los diversos ojos de agua que brotan en su ceno principalmente en el pueblo de Almolyita; contribuye a mantener el caudal de agua en concepto de muchas personas, el caudaloso manantial que se observa en el cerro hundido y paraje llamado La Alberca, distante como nueve leguas (Rivera Cambas, 1972: 38).

Por último, para completar la descripción del paisaje de la antigua zona lacustre leamos a Anastasio Serrano López quien lamenta su desaparición:

Era un río grande. Sus aguas cruzaban muchos estados de la república, alimentaban el lago de Chapala y llegaban hasta el mar por el rumbo de Nayarit, ipero lo secaron! Desde entonces las nubes retrasan su formación, las lluvias tardan en caer y por eso a veces las cosechas se malogran.

Era muy bonito el pueblo, su paisaje lacustre se adornaba con el vuelo de las garzas, con las redes de los pescadores. Las mujeres jóvenes se bañaban en el manantial y al alba dejaban que el agua tibia acariciara sus cuerpos; luego se ponían a lavar con sanacoche, zarapes de lana sobre las piedras. Contra el cielo azul del horizonte se podía seguir el vuelo de diversas variedades de patos, como golondrinas, zarzates reales y cucharas que llegaban a la laguna desde el norte del continente.

Chignahuiapan es el nombre autóctono de la laguna. Esta palabra significa "nueve aguas" *Chignahui* nueve *atl* agua y *pan* sobre. Nueve fueron los manantiales que durante siglos dieron origen a la legendaria laguna. Antiguamente se escuchaba por las noches el rumor del agua y el ruido de las canoas al golpearse en su constante vaivén, ocasionado por el viento. También las recias ramazones de los sauces llorones se mecían con el viento.

Rámbata, Pretunta, Izchuiapita, Texcoapan, Betzutzi, Acuezcumatl, Tetitla, Tepetzoco, Izcahuipa son los nombres de los manantiales que se encontraban en los márgenes del litoral oriente del antiguo lago. En el manantial de Tepetzoco nacían aguas sulfurosas y ahí acudía la gente a bañarse en busca de salud. En ese sitio se levanta hoy el Centro General Manuel Ávila Camacho del cual parte un canal que llega a la ciudad de México y que conduce el agua con la ayuda de grandes bombas (Serrano López, 1987: 24).

El proceso de desecación seguía cambiando el paisaje, cada vez había menos agua. En forma paralela a principios de la década de los años sesenta la zona de los municipios de Lerma, San Mateo Atenco, Toluca y Metepec principalmente, experimentaron un proceso de desarrollo comercial e industrial que influyó en toda la antigua zona lacustre. Este proceso estimuló la urbanización y el cambio de uso del suelo que impactaron el medio ambiente rural a urbano transformándolo en cuanto al uso del suelo, el agrícola iba disminuyendo y los cuerpos de agua iban desapareciendo casi totalmente.

Rocío Serrano Barquín señala que el valle de Toluca se incorporó a la industrialización y a la urbanización en la década de los sesenta y, junto con la explotación de los acuíferos de Lerma, se aceleró el deterioro del ambiente (Serrano Barquín, 1993: 83).

La baja rentabilidad de la explotación agrícola y el avance de las zonas urbanas (fundamentalmente en la región de influencia de Toluca) provocan que las nuevas generaciones (de los sesenta a la fecha) sean ajenas al modo antiguo de vida rural lacustre y campesino de sus padres y abuelos; no sólo no lo conocen sino no les interesa conocerlo, ya que su medio de vida es urbano.

Los antiguos pescadores, tuleros, tejedores de petates, artesanos, constructores de canoas, remos y fisgas, los tejedores de redes, los zacateros, los cazadores de ranas, patos, ajolotes y otros animales lacustres van muriendo, desaparece con ellos la memoria de un modo de vida diferente al de las nuevas generaciones que ocupaba a hombres y mujeres en actividades relacionadas con los recursos naturales de ese entonces.

De ahí el porqué del nombre de la exposición: porque con ella se invita a los antiguos protagonistas del viejo modo de vida a recordar como era la vida tradicional campesina y de apego a las ciénagas. Es una labor de recuperación de la memoria de una antigua cultura que por cientos de años, ya que podemos remontarnos dos

mil años o más, posibilitó formas de mantenimiento a grupos humanos, facilitó los asentamientos y el surgimiento de poblaciones de pescadores y cultivadores. Además, la exposición plantea establecer un diálogo con los protagonistas y que éstos se conviertan en rescataores de su antigua cultura, que comiencen a hablar de su propia experiencia: debido a esto se trata de un “rescate etnográfico comunitario”.

Otorgar la voz al pueblo para la reconstrucción de la historia es una experiencia invaluable para el rescate cultural.

Margarita Loera señala la importancia de la memoria colectiva para la historia:

Es importante pues, reconocer que la historia oral y el testimonio humano no constituyen fuentes secundarias ni menos importantes que aquellas fuentes históricas que representan la huella material del pasado. Sin ella muy difícilmente podrá llegarse a comprender la perspectiva histórica de los distintos sectores sociales, fundamentalmente de los tradicionalmente olvidados sectores subalternos. Empero tomando en cuenta que entre sus características sobresalen la subjetividad, es necesario confrontar este tipo de historia con aquella que se ha construido con otro tipo de fuentes (Loera, 1987: 11-12).

La exposición conduce a una revaloración de ese antiguo modo de vida, de sus creaciones artísticas y técnicas, de la concepción del mundo; y de lo que se plantea un pueblo como digno, deseable y valioso.

Los protagonistas harán el rescate comunitario a través de un diálogo con lo expuesto en la muestra, y colaborarán para conservar un patrimonio cultural antiguo que les pertenece y que desaparece.

La exposición se convierte en una técnica de investigación etnográfica y reconstrucción de la cultura

Al establecer la comunicación entre el investigador y los protagonistas de la cultura estudiada, estos aportan datos culturales valiosos, ya que las entrevistas son estimuladas con la presentación de los fotomurales y de las piezas que forman la colección.

Por qué itinerante. Es necesario que la exposición recorra los pueblos ribereños para realizar su labor en cada uno de ellos, logrando además mayor conoci-



Representación en barro de la “señora de las ciénagas o Tlanchana”. Exposición en la Feria de San Isidro, junio de 1995.

to etnográfico de cada pueblo en lo que se refiere a actividades económicas, organización social, concepciones religiosas, arte, mitos, cuentos y narraciones.

La exposición: espacio de conservación y resguardo del antiguo patrimonio cultural de la vida lacustre del alto Lerma

Las viejas canoas desechadas por la falta de agua, los antiguos instrumentos de pesca ahora en desuso tales como remos, fisgas y redes (de diferentes tamaños y tejidos según el tipo de especie al que eran destinadas), las trampas para patos y otras aves, así como las esco-

petas y las linternas de carburo dedicadas a la cacería de ranas, pueden encontrar en esta exposición un lugar para conservarse como evidencia de las actividades económicas pasadas.

En el periodo de conformación de la colección, los investigadores a cargo de esta tarea, Manuel Ortiz y María Isabel Hernández, pudieron comprobar cómo las viejas canoas eran usadas como leña, tablas en corrales de animales, o bien eran lanzadas a la basura o a antiguos canales contaminados.

Aún existen canoas en uso empleadas principalmente para extraer zacate de la ciénaga para alimento de caballos, burros y vacas como sucede en San Pedro Tultepec y en Guadalupe Atenco, en donde existen espacios inundados sobre todo en época de lluvias, que se emplean para buscar tule, para cazar patos y otras aves que llegan a las ciénagas a mediados de septiembre hasta diciembre, procedentes de Estados Unidos y Canadá como en San Nicolás Peralta y Lerma. Las canoas en servicio se mantienen en el agua, en los canales, debido a que según informan los dueños la madera debe mantenerse húmeda pues si se seca se abre y la canoa se estropearía.

En cuanto a las redes, los viejos pescadores tejedores, cada vez son menos debido no sólo a que van muriendo sino a que algunos deciden evitarse el tejido de las redes y recurren por comodidad a una tela de elaboración industrial conocida como Tul que es resistente y sirve para los fines de pesca de ocociles y algunos otros pequeños animales que aún pueden encontrarse en lugares inundados sobre todo en época de lluvias (junio a octubre).

La exposición como medio de concientización

Los pueblos ribereños forman parte de una misma región cultural con un pasado común y un rico patrimonio cultural que les pertenece a todos los pueblos ribereños y que es necesario rescatar.

Los pueblos que reciben la exposición van cobrando conciencia de los lazos culturales tan fuertes y antiguos que los unen entre sí, reconocen que comparten un mismo pasado cultural y que son descendientes de los constructores de esta cultura elaborada por el quehacer de muchas generaciones desde la época prehispánica.

Por tanto, la exposición servirá para que los pueblos se conozcan entre sí de modo que los que eran pescado-

res fundamentalmente sepan que otros eran tejedores de tule, por ejemplo; o bien artesanos, etc. ¿Qué pueblos eran pescadores?, ¿qué técnicas desarrollaron?, ¿eran chinamperos?, ¿cuáles hacían canoas, fisgas y redes?

El futuro de la exposición

La exposición itinerante ha comenzado a caminar y no debe detener su recorrido. Su futuro es andar de un pueblo a otro como medio de reconstrucción de la memoria del antiguo modo de vida lacustre, dialogando con los propios creadores de los bienes culturales que exhibe.

Este acervo crecerá en la medida en que convenza a los antiguos pescadores, tejedores, etc., de que constituye un espacio donde ellos pueden guardar y proteger sus antiguos instrumentos que pasarán a ser patrimonio cultural a cargo del INAH.

Su acervo ahora está constituido por cinco secciones:

- 1) Introducción a la región de estudio, donde se dan algunos datos generales.
- 2) Alimentación tradicional donde se presentan algunos de los animales comestibles y su preparación completando con fotomurales del *Códice Florentino* que permiten demostrar la antigüedad y continuidad de hábitos alimentarios. Esta sección se denomina "Todo lo que se mueve se come".
- 3) Caza, pesca y recolección. Actividades fundamentales de gran arraigo y tradición; elaboración de redes, fisgas y técnicas de pesca.
- 4) Tules. Una actividad fundamental fue el ejido de petates y de objetos decorativos. La habilidad de los tejedores de tule ha sido sorprendente. La muestra incluye un pequeño lote de objetos de tule de San Pedro Tultepec, municipio de Lerma.
Esta sección comprende además ejemplos de la artesanía de elaboración y tejido de sillas del Barrio de Guadalupe Atenco; actividad derivada del tejido de petates ya que en Guadalupe además de ser excelentes pescadores fueron magníficos tejedores del tule.
- 5) La quinta sección, por demás interesante, se refiere a la Señora de las Ciénagas del Lerma conocida como "La Clanchana o Tlanchana". Esta antigua diosa mesoamericana derivada actualmente en una sirena

es representada en la artesanía de barro de Metepec. Los artesanos del lugar han creado una rica variedad de representaciones de esta antigua madre de los animales de las ciénagas.

1) *Introducción*. Incluye una descripción de la zona lacustre con la presentación de mapas y fotomurales. En esta sección se presenta una magnífica representación de la Señora de las Ciénagas realizada por un artesano de Metepec; junto una red de los pescadores de Guadalupe Atenco conocida por su tamaño como *macla*, palabra derivada de la palabra náhuatl que significa “red”; voz que también da el nombre a los antiguos pobladores de esta zona, los matlatzincas u “hombres de la red”, expertos pescadores, cazadores de honda y recolectores de una rica variedad de productos lacustres que sirvieron para su mantenimiento.

Al hablar del origen de este nombre Noemí Quezada cita a Sahagún y reproduce las siguientes palabras:

“...El nombre matlatzincatl, tomose del *matlatl*, que es la red con la cual desgranaban el maíz y hacían otras cosas los que llamaban matlatzincas” por otra interpretación quiere decir honderos y fondibularios porque usaban mucho de traer las hondas. Además de este término los mexicas llamábanlos también *cuatlal* cuando se referían a un solo individuo y cuando eran varios quaquata porque “...siempre traían su cabeza ceñida con una honda...” (Quezada, 1972: 42).

Por qué en la introducción la Clanchana: en respuesta diremos que porque ella era la dueña, la señora de la zona lacustre, la madre de los animales y la proveedora benéfica de los pescadores que rogaban por una buena pesca. La Clanchana era la señora de ranas, culebras y de todo tipo de peces, acociles y ajolotes que servían para mantenimiento de los pueblos. Las ciénagas formaban su hogar, vivía ahí aunque según dicen en Guadalupe Atenco se le podía encontrar en cualquier sitio de Almoloya del Río.

La exposición pretendía llevar a los visitantes a un pedazo del antiguo paisaje lacustre, por lo que a la entrada de éste debe estar la Clanchana, conocida hoy como sirena, como anfitriona del lugar.

En Almoloya del Río se le conoce como Atl-Anchane (Serrano López, 1987: 26) palabra náhuatl de la que deriva Clanchana: cambió la *t* de atl por *c* convirtiéndose en una sola palabra que transformó la *e* por *a*,

perdiendo la *a* de *atl*. La señora del agua, la que cuida y a la que pertenece ésta, vivía en los manantiales y recorría toda la región lacustre:

Uno de los lugares donde solían encontrarla estaba situado a unos quince metros de la casa de mi esposa [en referencia a su hogar paterno de antes de casarse]; en ese lugar había una gran piedra y ahí se sentaba la mujer, se peinaba [...] Tenía un cabello muy largo y muy bonito. Ella era muy coqueta, cuando veía a algún hombre lo llamaba y le decía que se quería casar con él; algunos, los más valientes, se le acercaban cuando los llamaba, ya sabían a qué hora salía durante el día y, uno que otro le contestaba que sí se casaría con ella; entonces ella le decía: pero ¿vas a querer mantener a todos mis hijos?, ¿y, quiénes son tus hijos? decía él, —¿los quieres conocer? Seguía ella —sí—, contestaba él. Entonces ella alzaba los brazos y en los sobacos había montones de ranas, culebras, patos, atepocates y de todo lo que hay en la laguna [...] ¡Pero eran montones de todo esto! Entonces el hombre le decía que eran muchos hijos y ella le respondía: —ya ves, no vas a querer mantenerlos [...] entonces no te puedes casar conmigo; ¡para qué vienes a molestarme! Y, así, los hombres ya se iban, pero, en ocasiones ella los envolvía con su plática y los ahogaba; algunos que lograron salvarse cuentan que se veían en el agua. La sirena [...] cuando se salía a peinar se sentaba con su cola en el agua. De la cintura para arriba [...] no estaba cubierta con nada, los pechos estaban desnudos. Ella era la que daba toda la riqueza (Albores, 1995: 309).

2) La sección de *alimentación tradicional* se denomina “Todo lo que se mueve se come”; se ilustra con fotomurales y animales comestibles, entre los que se encuentran acociles, ranas, larvas de libélula conocidas popularmente como “padrecitos”, sacamiches, así como los modos de preparación de algunos productos.

Se presenta la continuidad de hábitos alimentarios a partir del *Códice Florentino* y la resistencia al cambio por parte de los antiguos habitantes de la zona que aún buscan estos productos y los consumen aunque tengan que traerlos de otras zonas lacustres.

Acerca de las larvas de libélula, Ramos Elorduy y Pino Moreno dicen:

Actualmente tenemos reportadas a diferentes especies de libélulas comestibles, también en estado de naiada o sea estados inmaduros, pertenecen al género *Anax* pero no hemos obtenido a los adultos por lo que se

desconoce a la especie, los lugares donde se consumen son en los diferentes canales de Xochimilco, Lago de Texcoco, en donde se colectan y se venden en los mercados con el nombre de “padrecitos” en el mercado de Toluca se venden junto con acociles, pero se acaban primero, quizás porque la gente los pide más y/o están en menor número. Según nos informan los vendedores los traen de diferentes fuentes de agua, como son las presas del Valle de Bravo, Alzate, Santiago Tiaquiengstengo y Chiautla (Ramos y Pino, 1989: 10).

3) *Caza, pesca y recolección*. Se muestran piezas de caza de patos y otras aves como son: una escopeta larga con baqueta de madera, una corta, y una varilla para su uso. De la cacería de ranas se exhibe una antigua lámpara de carburo usada en la parte de enfrente de las canoas durante la cacería nocturna, con la que alumbraban a las ranas y con la fisga, que podía terminar en varias puntas de acero (tres o cuatro), eran ensartadas.

También se presentan una carga de pólvora en tubo de ensayo, una trampa para matar aves pequeñas, una varilla para sorprender a las aves que se escondían en la vegetación y dos hondas de ixtle que recuerdan la antigua tradición de uso de la honda.

En esta sección se cuenta con redes grandes conocidas como “maclas”, una red de hilaza de las antiguas, un fragmento de canoa rescatado de un patio doméstico. Además, fotomurales complementan los materiales de la sección de caza, pesca y recolección provenientes del barrio de Guadalupe Atenco y de la región de San Nicolás Peralta Lerma. Éstos son lugares de profundo interés etnográfico ya que Guadalupe Atenco fue lugar de pescadores “corraleros”, técnica de pesca mencionada por Jacinto de la Serna para el siglo XVII (1953: 327), que pescaban los “tambulas”— pececitos negros de 10 a 15 cm de largo. Actualmente a los nativos de Guadalupe Oriente (la parte del barrio junto a la antigua ciénaga) los llaman “tambulas”. Estos peces abundaban y para atraparlos se utilizaban zacates de la ciénaga con los que hacían unos “corrales” donde se colocaban las redes, luego eran dirigidos hacia la trampa por las canoas desde donde los pescadores hacían ruidos con voces y remos. Esta técnica de pesca era colectiva y aún la recuerdan y la describen los viejos pescadores de Guadalupe Atenco.

En San Nicolás Peralta existió una hacienda carmelita, en el margen oriental del río Lerma, donde se practicaba intensamente la agricultura y se criaban grandes cabezas de ganado. El antiguo casco aún se conserva.

En 1830 la vendieron a don Gregorio Mier y Terán (Romero Quiroz, 1979: 131). En esta zona de población otomí había pescadores y tejedores de tule; todavía llegan patos de Estados Unidos y Canadá durante septiembre y noviembre.

4) *Tules*. San Pedro Tultepec, municipio de Lerma, está sobre una loma que en la época de la ciénaga fue isla. Don Vasco de Quiroga, el oidor de la Segunda Audiencia, fundó el pueblo que en náhuatl significa “cerro de tules” con nahuas de Tacubaya, antes de que partiera a Michoacán como obispo (Romero Quiroz, 1978: 378). Esta sección cuenta con fotografías y materiales de tule: una canasta grande y una chica, petates (uno grande y otro chico), así como aventadores, uno sencillo y otro ornamentado. También se incluyen figuras de tule (un muñeco y un burro) y un manojo de tule redondo que se usa para el tejido de estos objetos.

En este sitio el agua de los canales está contaminada por desechos humanos de los pueblos que actualmente presentan un crecimiento urbano acelerado y por desechos de fábricas del corredor Toluca-Lerma.

Los antiguos tejedores aún confeccionan petates que venden en mercados de la región, en Cuajimalpa y en el Distrito Federal.

El tejido de sillas de Guadalupe Atenco es una artesanía derivada del tejido de petates, ocupación en la que se refugian antiguos petateros y pescadores. Las sillas son vendidas en los mercados de la región siguiendo la antigua costumbre de cuando iban a vender sus petates, es decir, expresan que “van al viaje” debido a que su recorrido puede durar más de dos días.

Al tule que sirve para el tejido de sillas le llaman tule aplanado; anteriormente se encontraba en la ciénaga, pero hoy tienen que comprarlo en depósitos de tule traído de Pátzcuaro.

Las sillas de madera son elaboradas en talleres familiares y el tejido lo realizan los miembros de la familia que conocen el oficio. Actualmente los niños no saben tejer sillas, pues se interesan por otros oficios más urbanos.

Existen dos tipos de tejido: uno sencillo conocido como “cuadrado”, y otro más complejo llamado “cruzado”.

5) *La señora de las ciénagas: la Atl-Anchane o Clanchana* es una antigua diosa mesoamericana, una joven y bella indígena; en Guadalupe Atenco dicen que “tenía unas trençisimas que las arrastraba”. La diosa madre de las culturas campesinas reunía expresiones simbólicas sobre fertilidad, sexualidad, vida, muerte y transformación.

ANTROPOLOGÍA

La tierra y el agua que corre son esencialmente femeninos para esta cultura; el agua hace que la tierra dé fruto y que la vegetación se renueve. La Clanchana es la madre que sustenta y genera la vida pero también la muerte, y a su vez constituye el misterio de la transformación y de la creación de la naturaleza.

Por sus atributos podría ser Chalchiuhtlicue, modelo de madre nutricia, “la de la falda de jade”, la señora de las aguas terrestres, señora de los mantenimientos que permite al hombre vivir y multiplicarse. Se le representa en ocasiones amamantando al hombre, es esencialmente fértil, se asocia con la serpiente y con el agua que fluye (Ojeda Díaz, 1995: 21-22) o bien con Xochiquétzal, mujer bella y joven en plena potencia sexual (*op. cit.*, 1995: 27).

En el mito de la Tlanchana o Clanchana, la mujer representa los dos papeles fundamentales que ha desempeñado desde la aparición y el desarrollo de los gru-

pos humanos: la madre que proporciona el alimento y es además la amante compañera del varón.

Donde se bañaba la sirena había mejor pesca; en Guadalupe Atenco decían que “era bueno que allá se fuera a bañar la sirena”. En Almoloya del Río, Anastasio Serrano López relata la historia de la sirena de la siguiente manera:

Una fresca mañana de espesa neblina, llegó al río a bañarse una hermosa doncella. Al pasar cerca de ella un mancebo que iba por pasto, le pidió que la trasladara en su canoa a la hacienda de Atenco. Se fueron bogando hasta que se perdieron sumergiéndose en el fondo del lago, para no volver a aparecer. El muchacho nunca fue encontrado pero sus paisanos lo vieron de paseo con la bella joven de Atenco, que no era otra que la Atl-Anchana, con quien vivió en amancebamiento.

Poco después de esa unión comenzaron a aparecer por las montañas muchas reses del ganado de



Artesana preparando el barro para la elaboración de objetos que luego comercializará en el expendio y taller donde se encuentra. (Para que el barro quede con la consistencia requerida se amasa con la flor de tule conocida como plumilla.)

Atenco muertas a cornadas. El dueño descubrió que el causante era un bravísimo toro llamado Chichihuero, de los que los caporales a propósito no destetaban sino que esperaban a que dejara voluntariamente la ubre; esos toros servían para ahuyentar de los potreros a las fieras. Ante lo sucedido, la sirena por el dolor entró a una cueva del cerro de Chapultepec; aún existe donde la esperaban unos agoreros del sur, que la metieron en un bule y la embarcaron por un río subterráneo, despidiéndola con cantos, flores y copal. El Chichihuero amaneció muerto al día siguiente. Cuando su dueño quiso disecarlo desapareció y el ganado se encaminó hacia el cerro, se metió a la cueva y dicen que fue a parar a la tierra caliente (Serrano López, 1987: 26-27).



Representación en barro de la "señora de las ciénagas o *Tlanchana*". Exposición en marinos de la Feria de San Isidro, junio de 1995.

En Metepec los artesanos representan en barro a esta legendaria Clanchana que luce de gran tamaño en la plaza central de la cabecera municipal con sus atributos de sirena que muy probablemente fueron incorporados ya en el presente siglo, cuando la influencia de las leyendas de sirenas fue penetrando en las narra-

ciones indígenas y en la forma de concebir a la Clanchana.

La alfarería mestiza de Metepec es producto de un proceso de creación artística, de raíces indígenas y españolas, expresado en los motivos que proceden de concepciones religiosas católicas y de las culturas indias del lugar; las sirenas de las que hablaba Antonio Huitrón son ejemplo de este hecho, así como los árboles de la vida y otras representaciones. Actualmente no sólo se han diversificado los motivos de la alfarería ornamental o suntuaria, sino que por necesidades del mercado los temas se han multiplicado, manteniéndose para el bien del desarrollo de la creatividad artística de los alfareros de Metepec.

La exposición itinerante comienza a caminar

A principios del año de 1995 se dan los primeros pasos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, donde se presentó como fruto de la investigación etnográfica y de la difusión de resultados. Del 10 al 24 de febrero permanece en el recinto de la media luna en la ENAH. En esta ocasión hubo la oportunidad de brindar a estudiantes y maestros de esta escuela, interesados en trabajos de campo y en la investigación etnográfica, propuestas de cómo llevar a cabo una investigación etnográfica en una zona concreta.

Se habló de la necesidad de vincular más los centros de investigación del INAH con los de enseñanza de antropología y surgieron ideas acerca de la conveniencia del crecimiento con instituciones de investigación para apoyar el sistema de enseñanza de las nuevas generaciones de antropólogos.

En la Escuela de Antropología de la Universidad del Estado de México se montó la exposición del 27 al 31 de marzo de 1995; fue de especial importancia, pues Toluca, ciudad donde se encuentra la universidad, tiene entre sus municipios conurbados a Metepec, San Mateo Atenco y Lerma, que cuentan con pueblos ribereños de la antigua zona lacustre.

La riqueza de la antigua cultura campesina y lacustre presentada en la exposición sugería una variedad de temas de investigación y la urgencia de rescatar una cultura que se está perdiendo junto con la desaparición de las viejas generaciones.

¿Se puede pensar que éstas y las nuevas generaciones perdieron la comunicación y, por tanto, una cultura con su rico acervo no será transmitida como se hacía generación tras generación desde la época prehispánica? ¿Se puede decir que existe un ruptura y un olvido entre generaciones? ¿Es eso lo que sucede como resultado de la influencia de concepciones urbanas y modernizantes en las nuevas generaciones? ¿Qué puede ser útil aún para las nuevas generaciones de ese antiguo modo de vida de sus padres y abuelos? ¿Qué aspectos culturales se conservan y reproducen, y qué otros son negados? Las nuevas generaciones herederas de la cultura de los padres y abuelos campesinos y pescadores ¿qué van a decidir?, ¿bajo qué influencia van a actuar?

Metepec fue el tercer alto en el camino, en el marco de la feria de San Isidro en la primera quincena de junio de 1995. Metepec resulta sumamente interesante debido a que San Gaspar Tlahuililpan, San Sebastián y San Lucas Tunco son pueblos ribereños con una relación estrecha con Guadalupe Atenco. Compartieron hábitos alimentarios, actividades de pesca, caza y recolección, el medio ambiente rural lacustre, así como concepciones del mundo. En estos poblados del municipio de Metepec viven laguneros que vieron a la Clanchana en los canales de agua limpias y claras.

Metepec

Antecedentes históricos

Desde la época prehispánica la cuenca alta del río Lerma fue habitada por grupos humanos que encontraron en esta región abundante fauna y flora para su mantenimiento.

María del Carmen Carbajal Correa señala el asentamiento de grupos muy antiguos del Preclásico que ocuparon el pueblo de Metepec y el cerro de los Magueyes. Llegaron después grupos más avanzados como los teotihuacanos que expandieron la elaboración de artesanías, el culto a los dioses y a los muertos y las relaciones con otras culturas (Carbjal Correa, 1992).

Sigiura Yamamoto, en un sitio ubicado en el conjunto habitacional del Infonavit, en el municipio de Metepec, observó “una distribución bastante alta de cerámicas formativas y clásicas, sobre todo la presencia clara de los tipos cerámicos del Formativo inferior y del Clásico temprano” (Sigiura Yamamoto, 1979: 8). Lo más

relevante que se encontró fueron los restos de carbón y tierra quemada, huesos de animales pequeños fragmentados, artefactos líticos como obsidiana verde y gris, pizarra, andesita, basalto y tezontle. Algo sobresaliente fue la localización de un fragmento de la cerámica café arriñonada con decoración incisa en el exterior, perteneciente al Formativo inferior y unos huesos fragmentados pequeños (*op. cit.*: 8).

Metepec perteneció a la región matlatzinca del valle de Toluca en el Posclásico (850 d.C.) y las principales ciudades fueron Calixtlahuaca y Teotenango (Carbjal Correa, 1992).

Axayácatl (sexto señor de Tenochtitlan) llevó la guerra a los matlatzincas “provocándose el primer encuentro guerrero entre matlatzincas y mexicas en 1473”, “aunque ya en 1471 los mexicas habían hecho incursiones en el valle de Toluca conquistando la provincia de Masahuacan” (Quezada, 1972: 46).

La misma autora relata, basada en Tezozómoc, cómo transcurrieron los acontecimientos de la guerra de los nahuas contra los matlatzincas (*op. cit.*: 46-48), en la conquista de la provincia de Matlatzinco y Chimalteuctli, señor de Toluca y su comarca. Axayácatl impuso como gobernador de Toluca a Tezozomoc, señor de Tenancingo. Asimismo Metepec se cuenta como uno de los lugares conquistados por el gobernante mexica Axayácatl, hecho registrado en el *Códice Mendocino* (Quezada, 1972: 49). Una vez conquistada la zona, Metepec tuvo que tributar. Carbajal Correa dice al respecto:

después de su victoria creó los 12 señoríos mexicas en el valle de Toluca, según lo describe la lámina 13 de la Matrícula de tributos con la finalidad de registrar y controlar los objetos y alimentos que periódicamente debían enviar a la gran Tenochtitlan; entre los productos se enviaban trajes para guerrero, mantas finas y sencillas, maíz, frijol, chí y huautli (Carbjal Correa, 1992).

Época colonial

Con la Conquista española comienza el proceso de mestizaje tanto ideológico como cultural, que fue para el pueblo vencido muy doloroso. Este proceso de aculturación ocurría a la par de una resistencia indígena que luchaba por conservar lo suyo, lo que era propio del mundo mesoamericano.

Con respecto a Metepec, María Teresa Jarquín señala:

La provincia de Metepec fue una de las mayores en territorio, población y jurisdicción en la Nueva España. Su extensión abarcó de norte a sur más de 111.5 kilómetros y de este a oeste más de 67 kilómetros.

Su jurisdicción política y civil a mediados del siglo XVIII comprendía 36 pueblos principales, gobernados por un capitán general con sede en Metepec en donde había república de indios, de españoles y mixtos. Treinta y seis pueblos principales comprendían este territorio (Jarquín, 1990: 23).

En 1561 se congrega Metepec con matlatzincas, otomíes, nahuas y mazahuas. Metepec se convierte en cabecera de doctrina, sujeto a la provincia del Santo Evangelio en lo espiritual y a la Audiencia de la Nueva España en el orden civil. En 1562 se construyó el monasterio franciscano bajo la advocación de san Juan Bautista (*op. cit.*: 28). Otro autor que menciona a Metepec, pero en el siglo XVII, es fray Agustín de Vetancourt:

En el Valle de Toluca diez leguas de México, está hacia el mediodía Metepec, donde su majestad nombra alcalde mayor por seis años, cuya jurisdicción se delata por más de doce leguas, con escribano público, tiene gobernador de naturales. En él hay convento cuya Iglesia es a San Juan Bautista dedicada. Viven en él cinco religiosos con Ministro colado, que administran dos mil ochocientas personas y entre los naturales hay ciento quince españoles mestizos y mulatos con ocho haciendas donde se siembra cantidad de maíz.

Señala Nuestra Señora Atlamilpa, San Lorenzo Xaltipac, Santiago Mexicapa, San Miguel Tapacalpa, San Agustín Mexicapa, Espíritu Santo Mexicapa, Santa María Quauhxitunco, Santa Cruz Tianquistenco, San Mateo Toltitlan, la Transfiguración de Tultepec. Las visitas que hacen los franciscanos a: San Miguel Totocuitlapilco, San Bartolomé Tlatilolco, San Jerónimo Chichahuazco, San Lucas y San Francisco Quaxuzco (Vetancourt, 1971: 73).

La noche del 28 de octubre de 1810, el cura Hidalgo pasó por Metepec de camino a Santiago Tianguistenco. El 15 de octubre de 1848 la cabecera municipal logró el título de villa (Gobierno del Estado de México, 1970: 660).

La exposición “Recuperación de la memoria de un pueblo lacustre” en Metepec

La exposición comienza su recorrido en el municipio de Metepec, habiendo sido su cabecera la ciudad típica de Metepec, que fue el primer punto visitado.

El municipio tiene una extensión territorial de 70.43 km² y cuenta con población urbana y rural. La primera se concentra fundamentalmente en lugares limítrofes a la ciudad de Toluca, constituyéndose estas áreas en parte de zona metropolitana de la capital del Estado de México, mientras que la población rural se ubica en los antiguos pueblos campesinos donde aún se conservan parcelas de maíz y haba principalmente. La población ha crecido en forma acelerada de quince años a la fecha, llegando a residir al municipio población de la región y aun de fuera del mismo.

Para la primera mitad de los ochenta la zona urbana ocupaba el 80% del municipio, mientras que la rural sólo el 20% (Gobierno del Estado de México 1985-1987). La inmigración en el municipio ha sido tan relevante desde 1980 que una fuente apuntaba:

La inmigración permanente, el expansionismo de los asentamientos humanos y la creación constante de nuevas unidades habitacionales son factores determinantes para que el índice demográfico registre un porcentaje muy elevado. Por todo ello, será hasta el próximo Censo Nacional de Población y Vivienda cuando se estime la población del municipio y sus comunidades. Nos atrevemos a decir que en la actualidad la población total del municipio es superior a 230 000 habitantes (*op. cit.*, 1985-1987).

El proceso urbano en Metepec ha ido cercando a los antiguos pueblos tradicionales campesinos, que sufren las consecuencias tanto en lo cultural como en lo económico y social del avance de la mancha urbana. Acerca del proceso de urbanización del municipio, Julia Sierra comenta:

El municipio de Metepec muy cercano a la ciudad de Toluca en el Estado de México era considerado antes de 1960 como una región rural y pintoresca la cual adquirió fama por sus alfareros y la elaboración de “los árboles de la vida” y nacimientos. Su cabecera fue visita obligada cuando se realizaban los paseos a la capital del estado, y la mayoría de los habitantes de la zona se dedicaban a labores agrícolas o emigraban en busca de trabajo.

La población de Metepec crecía muy lentamente y hubo años en que el saldo migratorio fue negativo. “Este panorama cambió completamente en los últimos 20 años debido al acelerado proceso de urbanización que ha sufrido la región de Toluca” (Sierra, 1994: 415). Las más altas tasas de crecimiento demográfico en el municipio se registraron en 1970: el 75% de sus pobladores vivía en comunidades rurales, y en 1980 la proporción disminuyó al 25% (*ibid.*). En 1985, más del 86% de su población económicamente activa ya no se dedicaba a labores relacionadas con el sector primario (*op. cit.*: 416).

El problema que nos planteamos es el siguiente: ¿Qué ocurre con la cultura tradicional de los pueblos antiguos ante el avance del proceso urbano? ¿En qué medida la antigua cultura campesina se mantiene y en qué condiciones lo hace? La exposición etnográfica que nos ocupa produce estos cuestionamientos y se constituye como el método de rescate y de reconocimiento de esta antigua cultura campesina tradicional.

La alfarería y las sirenas de barro

La alfarería contemporánea de Metepec es una actividad que cuando menos se remonta a la segunda década de este siglo y abarca cuatro generaciones hasta la actualidad (excluyendo los hallazgos arqueológicos).

Entre los más antiguos productos de este trabajo están los jarros, las ollas conocidas como almuerceras o tlacualeras y las cazuelas. Los jarros eran comunes debido a que en ese entonces había muchos magueyes que se ocupaban para el pulque; los había de medio litro, de uno, dos, tres, cuatro y hasta cinco litros.

Los alfareros eran también campesinos y dividían su tiempo de trabajo con el fin de obtener mayores ingresos para el sostenimiento familiar. Iban a los tianguis y mercados de la región a vender sus productos de alfarería, principalmente a Toluca, pero también llegaban a Cuajimalpa, Tacubaya, Ixtapalapa y otras plazas. Algunos eran peones en ranchos y haciendas de la región aunque pagaban muy poco por una jornada de doce horas. El barro lo traían de Ocotitlán, del mismo municipio de Metepec. Algunos iban por su propio barro; llevaban uno o dos burros o mulas, trayendo dos cargas o sacos de éste por animal. Otros, lo encargaban a los llamados barreros que se mantenían vendiéndolo a los alfareros. Los primeros salían de Metepec a las cinco de la mañana y hacían una hora por veredas o caminos

arrieros, “escarbaban” su barro y regresaban. Antes de las ocho de la mañana ya estaban en Metepec para preparar su barro y comenzar a trabajar.

En aquel entonces se aporreaba el barro con un mazo de madera de encino para tritararlo, tenían que deshacer los grumos y luego cernirlo. Se batía con agua y se amasaba; en ese momento se le agregaba la plumilla o flor de tule para que tomara consistencia y pudiera ser trabajada.

En la actualidad ya no se usa el mazo, los alfareros aprovechan el paso de los vehículos en las calles desde la década de los sesenta para tritarar el barro mientras se asolea. “Ahora los carros que pasan por la calle ayudan mucho”, dicen los alfareros. De ese modo se deja el barro en la calle, de uno a dos días, según esté soleado o nublado el día.

La plumilla se sigue utilizando para amasar el barro aunque ahora tengan que traerlo de Michoacán. Para la primera mitad de la década de los treinta ya se registra la alfarería suntuaria de animalitos y sirenas. Se elaboraban mulitas, caballos, gallos, puercos, leones y pegasos, también los nacimientos y “las cuadrillas”.

Los nacimientos incluían figuras pequeñas tales como el niño dios, la virgen, san José, los tres reyes magos (de pie con un abrigo o capote hasta los pies), la mula, el toro y los pastores. Las cuadrillas eran un conjunto de figuras (30 a 32 piezas) de barro de 20 a 25 cm que incluían un caballero en su caballo, una caballera, el cura, el mozo, la molendera, los músicos, una enferma a la que le hacían su fiesta porque se aliviaba, etc. También hacían máscaras, carretas pequeñas con dos caballos y unos volantines o carruseles con sus animales y jinetes.

Para la alfarería suntuaria, el periodo de 1935 a mediados de los cuarenta fue de gran importancia, ya que se abrieron mercados para estas piezas y se fabricaban por “pedidos” de compradores que llegaban a los mismos talleres de los artesanos. Apareció entonces el árbol de la vida que al principio era de 30 cm y estaba compuesto de un tronco con algunas hojas y manzanas y a cada lado del árbol estaban Adán y Eva.

Las sirenas alcanzaban unos 30 cm, llevaban una corona, una guitarra, un collar de barro, flores en las orejas a manera de aretes y una cola con la punta levantada. Las primeras sirenas no tenían pelo, sólo la corona, algunas eran alcancías y llevaban unas patas o soportes en la cola a manera de bases para sostenerse.

Todas las figuras se hacían con molde: los acabados y algunos elementos adicionales eran elaborados a mano o “pulso”.

Fue en ese periodo cuando entre la alfarería de Metepec y Diego Rivera se estableció un lazo de simpatía y reconocimiento. Rivera visitaba Metepec y hacía pedidos. Cada 15 o 20 días iba por piezas acompañado de amigos norteamericanos que compraban algunos objetos.

Para entonces se inauguró el Museo Nacional de Artes e Industrias Populares en la avenida Juárez frente a la Alameda en la ciudad de México. En enero de 1951 se dio forma al convenio que creó el museo y el reconocido antropólogo Rubín de la Borbolla ocupó la dirección del mismo, y entró en contacto con la alfarería de Metepec, que estudió como parte de sus investigaciones acerca del arte popular mexicano. Para este autor el arte popular “conserva residuos precolombinos, importantes influencias españolas, asiáticas y universales modificadas y adaptadas” (Rubín de la Borbolla, 1963: 4).

En la alfarería mexicana se distinguen tres campos de desarrollo: “el de la tradición indígena, el de las cerámicas traídas por los españoles y modificadas con influencias asiáticas y un sector que se creó paulatinamente para llenar diversas necesidades regionales generales de la población” (*op. cit.*: 4).

Los artesanos de Metepec llevaban cada ocho días piezas de alfarería suntuaria a la tienda del Museo



Horno para “quemar barro”, Casa Artesanal de Metepec.

Nacional de Artes e Industrias Populares que eran demandadas por un mercado joven en desarrollo.

Poco es lo que se ha escrito acerca de la alfarería de Metepec y la obra de Antonio Huitrón es la más conocida; dice:

La cerámica de Metepec puede clasificarse atendiendo a sus fines utilitarios y de esta manera se encuentra: la ordinaria o común la escultórica o juguetera y la ritual. La alfarería ordinaria o común que es propiamente a la que se llama “loza” comprende la manufactura relativa a los objetos de uso doméstico y principalmente de cocina, que van a servir en los hogares de las familias rurales, la alfarería escultórica o juguetera es la que se refiere a objetos de ornato o recreación estética y por último la alfarería ritual es aquella que se refiere a la producción de objetos para quemar copal en la “fiesta” de los muertos o en otros actos ceremoniales, llamándoseles sahumadores, pebeteros o incensarios que por lo general son piezas extraordinarias y refinadas teniendo como aditamento, además del lugar para el incienso, candeleros para velas. Los sahumadores hechos en Metepec adoptan principalmente la forma de copas y ánforas, constituyéndose verdaderas piezas ornamentales que maravillan por su acabado (Huitrón, 1962: 17).

El mismo autor señala a la alfarería como actividad mestiza familiar y tradicional refiriéndose a que en el barrio de Cuaxotenco existen talleres en la mayoría de las casas (*op. cit.*: 57 y 58), pues son complemento del ingreso familiar del campesino pobre. Menciona la juguetería de Metepec, los árboles de la vida, las representaciones de las calaveras, los candelabros, los caballitos, los cortejos fúnebres, sirenas, palomas, toros y cochinitos. En cuanto a la arcilla, Huitrón dice:

Los alfareros de Metepec utilizan, dada la topografía del Valle y sus antecedentes lacustres, barros que son impropios para la manufactura, en virtud de que ellos no tienen la consistencia suficiente para su plasticidad y moldeabilidad. Para subsanar tales defectos, los alfareros remedian la contractilidad de la arcilla templándola, operación que consiste en añadirle ciertas sustancias orgánicas o inorgánicas que tienen la virtud de resistir el proceso de secar y luego el de cochura o cocimiento (Huitrón, 1962: 101).

Gerardo Murillo, mejor conocido como el Doctor Atl, registró en 1921 que el Estado de México producía una mayor cantidad de loza vidriada que cualquier

otro estado de la República: jarros, cazuelas, ollas y bandejas de uso doméstico, señalando a Metepec como uno de los principales centros alfareros. Coaxustenco era el barrio alfarero, donde la actividad era de tipo familiar y se heredaba de padres a hijos:

Los tipos comunes de Metepec: las ollas pequeñas gruesas, de dos orejas, abundantemente engretadas en su parte superior y en el exterior de la boca; jarros grandes, fuertes y de bonita línea, de gran asa y cuello ligeramente cónico; cazuelas y pequeños platos muy pobremente decorados. Los tipos más salientes son las canastas y las azucareras. Entre éstas hay algunas de un hermoso aspecto, muy primitivas y muy sólidas. La producción de loza en Metepec es muy considerable. Las ollas y los grandes jarros tienen mucha demanda en el mercado y esto se debe a que son muy resistentes (Dr. Atl, 1980: 86 y 87).

También hablaba el Dr. Atl de la loza negra lograda con greta negra con la que se elaboraban animales de pequeñas dimensiones que servían de alcancía, de leones, de "patos" para guardar agua, y de canastas de diversos tamaños en las más grandes de las cuales se guardaba la leche y en las más pequeñas se vendía la famosa crema de Toluca (*op. cit.*: 87).

Entre la alfarería de Metepec y las ciénagas existen dos relaciones fundamentales: la primera está en el uso de la plumilla o flor de tule, usada para lograr que el barro obtenga resistencia y se logre la cohesibilidad de la pasta; los alfareros explican que le da fuerza al barro y evita que se resquebraje o agriete.

La flor de tule es una espiga de color café compuesta por infinidad de pequeños filamentos que cubren un núcleo o camote y que se desprenden formando un tamo compacto y pesado. "Este tamo es el que utilizan los alfareros como aglutinante para la pasta que van a moldear" (Huitrón, 1962: 101).

La segunda relación fundamental es la representación de sirenas, tlanchanas o clanchanas. Se puede decir que desde las primeras representaciones en la década de los treinta hasta la fecha se ha logrado una rica variedad en tamaños, diseño y elementos que la acompañan, tipos de sirena, etc., desarrollándose la creatividad en forma admirable.

Sin embargo, la vida urbana y el cambio producido en la zona lacustre han hecho que los artesanos vayan olvidando a su sirena, antigua deidad mesoamericana,

y adopten una sirena occidentalizada con elementos marinos.

La exposición "Recuperación de la memoria de un pueblo lacustre. Rescate etnográfico comunitario", les ha recordado a la Clanchana y la ha dado a conocer a las nuevas generaciones de artesanos.

El interés despertado ha sido considerable: los mismos artesanos se acercan a escuchar la leyenda de esta madre y dueña de las ciénagas del Lerma, que vuelve a estar presente con énfasis a través de estos relatos.

Bibliografía

- Albores Zárate, Beatriz, *Tules y sirenas. El impacto ecológico y cultural de la industrialización en el alto Lerma*, México, El Colegio Mexiquense, A.C., Gobierno del Estado de México, 1995.
- , *El modo de vida lacustre en el alto Lerma*, tesis para optar por el grado de doctorado en antropología, México, Facultad de Filosofía y Letras UNAM, 1992.
- , "Ambiente lacustre e industrialización en el alto Lerma", en *Estado de México perspectivas para la década de los 90*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, El Colegio Mexiquense, 1994, pp. 35-47.
- Almoleya, su río y puentes coloniales su acueducto*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 1974.
- Atl, Dr. (Gerardo Murillo), *Las artes populares en México*, núm. 1, México, Instituto Nacional Indigenista, 1980.
- Carbajal, María del Carmen, *Metepec en la época prehispánica*, tríptico informativo Centro Regional INAH-Estado de México, 1992.
- El Estado de México. Guía*, México, Ediciones del Gobierno del Estado de México, Colección Histórica, Toluca, 1967.
- Estado de México, *Metepec monografía municipal*, Estado de México (región 1), 1985-1987.
- Hernández González, María Isabel, *El catolicismo popular en el barrio de Santa María la Asunción Atenco México*, tesis de maestría, México, ENAH-INAH, 1987.
- Huitrón, Antonio, *Metepec miseria y grandeza del barro*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1962.
- Jarquín, María Teresa, *Formación y desarrollo de un pueblo novohispano*, El Colegio Mexiquense, Ayuntamiento de Metepec, 1990.
- La ciudad de Lerma*, H. Ayuntamiento de Lerma, Toluca, Estado de México, 1971.
- Loera, Margarita, *Mi pueblo: su historia y sus tradiciones*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de México, colección Divulgación, 1987.
- Ojeda Díaz, María de los Ángeles y Cecilia Rossell, *Diosas y mujeres en códices prehispánicos, Borgia (nahua-mixteco)*

ANTROPOLOGÍA

- y *Selden (mixteco)*, primera edición, México, INAH, enero 1995.
- Panorámica socioeconómica en 1970*, Toluca, 2 t., 1976.
- Quezada Ramírez, María Nohemí, *Los matlatzincas época prehispánica y época colonial hasta 1650*, México, INAH, Serie Investigaciones 22, 1972.
- Ramos, Julieta, José Manuel Pino M., *Los insectos comestibles en el México antiguo, estudio etnoentomológico*, México, AGT Editor, S.A., 1989.
- Rivera Cambas, Manuel, *Viaje a través del Estado de México*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1972.
- Romero Quiroz, Javier, *Vasco de Quiroga en Tultepec*, México Talleres Gráficas de Cabeza, Gobierno del Estado de México, 1965.
- Rubín de la Borbolla, Daniel, F., "Arte popular mexicano", edición especial de la *Revista de México* por encargo del Instituto Nacional Indigenista, México, 1963, pp. 4-20.
- Salinas, Miguel, "Las fuentes del río Lerma", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1929, pp. 113-117.
- Serrano Barquín, Rocío, "La región del Valle de Toluca frente al siglo XXI", en *Metrópolis*, año I, núm. 2, UAEM Toluca Estado de México, mayo-agosto 1993.
- Serrano López, Anastasio, "Almoloya del Río", en *Mi pueblo; su historia y sus tradiciones*, Gobierno del Estado de México (primera edición 1987), Colección Divulgación INAH, 1987.
- Serna, Jacinto de la, *Manual de ministros, tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentilicias de las razas aborígenes de México*, primera edición 1892, Ediciones Fuente Cultural, México, 1994.
- Sierra, Julia, "El desarrollo urbano de Metepec", en *Estado de México perspectivas para la década de los 90s*, Instituto Mexiquense de Cultura, El Colegio Mexiquense, Gobierno del Estado de México, 1994.
- Sigiura Yamamoto, Yoko, Informe del Proyecto "El Valle de Toluca", la segunda temporada de campo, enero-abril 1979, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1979.
- Vetancurt, fray Agustín, *Teatro mexicano, Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México* (menologio franciscano), México, Porrúa (primera edición 1697-1698), 1971.